

MARX SIN MARXISMO

Víctor Manuel Moncayo C.

MARX, ACONTECIMIENTO DE LA LUCHA DE CLASES

Toda conmemoración de la desaparición física de un hombre, cuya acción ha dejado huella en la historia, tiene un doble riesgo: puede limitarse a la consideración de los rasgos positivos o negativos de su personalidad y de su obra, o el pretexto recordatorio puede convertirse simplemente en una ocasión para alimentar las querellas entabladas por quienes se reputan, legítimamente o no, como sus herederos. Tratándose de aquel judío de Tréveris, esos riesgos son aún más difíciles, por cuanto su acción no sólo fue objeto de vivas y agudas controversias en su tiempo, sino que aún continúa siendo referencia principal de los enfrentamientos sociales de hoy.

Podríamos, pues, si nuestra vigilancia no fuera lo suficientemente celosa, recrear idealmente la figura humana de ese trabajador infatigable, que "sacrificaba todo su organismo a su cerebro", para exaltarlo, una vez más, como pensador y como revolucionario. También sería posible, acercándonos al testimonio de Bakunin, ver en él al doctrinario que cree absolutamente en sus teorías y que desde la altura de las mismas, desprecia a todo el mundo, con vanidad que llega hasta la suciedad y hasta la locura, pero sin dejar de reconocer al hombre inteligente y sabio, devoto apasionado de la causa del proletariado.

Pero, no es esa la evocación que queremos hacer de Marx, ni mucho menos es esa la importancia que deseamos asignarle. No es este el momento para parafrasear, a cien años de distancia y muy lejos del cementerio de High Gate, la voz adolorida de Engels.

La alternativa tampoco es caer en la trampa de la fetichización de su obra, colocándonos en el terreno de los marxismos de todo tipo, que bajo distintas formas la han desligado de su autor, de su momento histórico, haciendo de ella un todo trascendente, un sistema coherente, un contenido perfectible. Por el contrario, para rescatar a Marx hay que separarlo de los marxismos y, más aún, hay que oponerlo a ellos. No sólo Marx sin marxismo, sino Marx contra todo marxismo.

Nuestro intento es rescatar a Marx como acontecimiento de la lucha de clases, como oponente antagónico de la relación capitalista, como hito fundamental en la historia de la oposición al Capital, de significación análoga a los hechos de la Comuna de París, esa "aurora de la gran revolución social que liberará para siempre a los hombres del régimen de clases", o a las movilizaciones contra la explotación capitalista que en cada país son más significativas, como pueden haber sido entre nosotros la Semana Roja de Barranca o la huelga de las bananeras en los años veintes, o el ensayo insurreccional de septiembre de 1977, o como lo fue la experiencia de mayo de 1968 en Francia, o lo son hoy las luchas en Centroamérica.

Es Marx como sinónimo de posición anticapitalista, es el Marx que está agazapado y escondido en todas las luchas proletarias, aunque éstas no obren en su nombre e inclusive lo ignoren; el Marx que está en todos los viejos topos que avanzan inexorablemente corroyendo los cimientos de la sociedad capitalista, así no tengan la figura del anciano venerable y de monóculo, fumador empedernido y lector incansable en su biblioteca de la quinta de Haverstock Hill. El Marx que está tanto en la crítica de las armas como en las armas de la crítica.

LA NECESARIA CRITICA DE TODO MARXISMO

Esa recuperación de Marx pasa necesariamente por la crítica de todo marxismo, pues son precisamente esos entendimientos que organizan su obra y su acción como sistemas, los que niegan a Marx como acontecimiento de la lucha de clases e impiden que como tal se valore

su experiencia. Cuando aparece el marxismo como filosofía, como ciencia, como ideología, como epistemología, como economía política, como doctrina, como concepción del mundo, como ciencia de la sociedad, queda atrás el hecho histórico central de Marx como expresión subversiva y desestructurante de la relación capitalista.

Son múltiples y de diversa significación las razones que han conducido, durante este siglo, a la proliferación de los marxismos: marxismo ortodoxo, marxismo revisionista, marxismo reformista, marxismo leninista, marxismo luxemburguista, marxismo trotskysta, marxismo gramsciano, marxismo maoísta, marxismo estalinista, marxismo soviético, marxismo olvidado, austro-marxismo, freudo marxismo, marxismo sartreano, marxismo althusseriano, marxismo consejista..., en fin, la enumeración sería casi interminable. Pero hay un punto en común: Más allá de las disputas sobre el Marx joven y el Marx maduro, sobre el problema de la organización y del partido, sobre la significación del método, sobre el humanismo, sobre la construcción del comunismo etc., todos se edifican sobre la pretensión de otorgar sistematicidad y coherencia a la obra de Marx o a una parte de ella; en pocas palabras, por atribuir un sentido a lo que, de alguna manera, se concibe como la teoría de Marx, separada o cortada de la subjetividad de la acción histórica de su autor, en el interior de la lucha de clases de su tiempo.

Es absolutamente indispensable, entonces, asumir una posición radicalmente distinta y dirigirnos a la teoría de Marx habiéndonos despojado, previamente, de todo dogmatismo y renunciado de manera expresa a hacer de ella un simple producto del pensamiento, un fruto contingente de la genialidad de su autor, una construcción más del espíritu humano, para, en lugar de ello, señalar a lo largo del vasto recorrido teórico de Marx, en cuyo interior hay numerosas fases y no pocas rupturas y zigzagueos, ese permanente norte anticapitalista de su acción, esa constante perspectiva de enfrentamiento, de oposición, de rechazo a la dominación.

DEL CONOCIMIENTO A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA

La ilustración quizás más notable de lo que significa la obra de Marx como oposición de clase al capital, por haber sido la tarea que consumió la mayor parte de su existencia, es su combate sin cuartel contra la economía política clásica, contra la conversión de determinadas for-

mas sociales en objetos de conocimiento por parte de la teoría económica burguesa; es, en síntesis, su crítica de la economía política, sin que esta afirmación signifique que se desdeñe como secundario el resto de la obra de Marx y muchísimo menos su acción política, siempre íntimamente unida a los conflictos sociales de su época.

Luego de ese lapso de su vida cuyo punto inicial es el momento del impacto producido por la insurrección de Silesia, que le permite ver a un proletariado que “clama inmediatamente, de manera brutal, impresionante, violenta y tajante, su oposición a la sociedad” y que abre paso a la ruptura con la concepción feuerbachiana tal y como se plasma en la conocida tesis XI (“los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversas maneras, de lo que se trata, sin embargo, es de transformarlo”), fundamento de la teoría como praxis revolucionaria, Marx inicia en Londres, en agosto de 1849, una época de semirretiro, dentro de lo que él mismo llamaba “un aislamiento público y auténtico”, que habrá de permitirle consagrarse casi por entero a sus trabajos teóricos, interrumpidos muy a menudo, por su salud deficiente, sus dificultades materiales e inclusive por luctuosos acontecimientos en el seno de su familia.

Su primera tarea es completar y agotar el conocimiento de la economía política, que había sido iniciada ya dentro del Plan General de los Manuscritos de 1844. Su afán es tal que en carta a Engels del 2 de abril de 1851 manifiesta: “Ya he llegado a tal punto que en cinco semanas habré terminado con esa mierda de la economía. Una vez hecho esto redactaré en mi casa la Economía Política, mientras que en el Museo me lanzaré a otra ciencia. Esto comienza a aburrirme. En el fondo esta ciencia no ha hecho ningún progreso desde A. Smith y D. Ricardo, a pesar de todas las investigaciones particulares y frecuentemente muy delicadas que se han realizado”. Se trata, por lo tanto, de una primera fase dentro de un plan de mayor envergadura, que exige conocer las categorías de esa ciencia, correspondiente al mundo de la sociedad burguesa, en su núcleo más prístino, en sus exponentes más representativos y no en las versiones falsificadas propias de la economía vulgar.

Marx entiende que esa Economía Política contiene los conocimientos propios y adecuados a la existencia de la relación capitalista, que estos conocimientos acompañan y llegan a ser constitutivos de la relación misma, en cuanto se incorporan como condiciones técnicas y so-

ciales de la explotación. Es la ciencia que ha traducido en abstracciones conceptuales las formas sociales o abstracciones reales que podríamos llamar de significación económica (la moneda, la mercancía, el valor de cambio). Esas abstracciones reales que, al decir de Sohn Rethel, no tienen como origen el pensamiento, no son construcciones conceptuales, sino que provienen de las acciones de los sujetos sometidos a determinadas relaciones sociales, quienes, sin pensarlo y sin saberlo, las erigen como formas propias de tales relaciones. Esas abstracciones con las cuales cohabita la ciencia burguesa, convirtiéndolas en sus objetos de conocimiento. Marx reconoce la legitimidad de la economía política como parte del saber de la sociedad capitalista que, dentro de la separación entre trabajo intelectual y trabajo manual que ella misma instaaura, reitera y reproduce las formas sociales de la dominación capitalista.

Cuando Marx describe el método de la economía política en la Introducción de 1857 (incluida como parte de los Grundrisse), texto considerado equivocadamente como el método marxista, se hace precisamente relación a ese proceso cumplido por la economía, la cual desde su nacimiento, aunque comienza por el todo vivo, termina siempre por descubrir un cierto número de relaciones generales abstractas determinadas (división del trabajo, dinero, valor), a partir de las cuales se elevan o edifican los sistemas económicos. “Es manifiestamente el método científicamente correcto”, pero es el método de la economía política, ciencia propia de la sociedad capitalista. Las categorías de ella, en ese sentido, expresan “formas y modos de existencia de la sociedad”, pero cuya “existencia es anterior al momento en que se empieza a hablar de ellas como tales”; son categorías conceptuales que repiten y reproducen las abstracciones reales. Yendo a ellas podemos conocer sus elementos esenciales. He ahí por qué Marx se ocupa inicialmente del conocimiento de las categorías de la economía política: en ellas encontrará las formas sociales de la dominación capitalista convertidas en objetos de conocimiento.

Pero ese no es el único proyecto de Marx. El tiene en mente “otra ciencia”. Su pretensión no es producir un nuevo conocimiento sobre el mismo objeto de que se ocupa la Economía Política, no se trata de sustituirla ni de rivalizar con ella, sino de someter las formas sociales burguesas teorizadas por la economía política al fuego de la crítica, para construir una teoría de la explotación, de la dominación capitalista y

mostrar la realidad del antagonismo fundamental que opone el proletariado al Capital.

Obviamente, la necesidad del conocimiento de la Economía Política y el proyecto crítico corren paralelos y difícilmente puede separarse una actividad de otra. Sin embargo, hay noticia clara de la distinción: Una cosa es la elaboración de los rasgos de la Economía Política, la presentación del cuadro o sistema de la Economía burguesa tal y como se presentaba a sus ojos (expresiones utilizadas en carta a Lasalle del 22 de febrero de 1858 y en el Prólogo de la Contribución, de 1859), tarea que constituía prácticamente una pesadilla que Marx quería quitarse de encima (ver carta de Engels del 18 de diciembre de 1857), y otra cosa muy distinta la Crítica de ese sistema a través de su propia exposición (en aquella carta a Lasalle, Marx indica cómo la crítica de la Economía Política deberá ser el tema de otro trabajo).

Es esa dualidad y sobre todo el olvido del proyecto crítico, lo que ha llevado a toda esa falsa polémica sobre los planes del trabajo marxista, que quiere reducir la significación de su trabajo teórico a la diferencia simplemente formal entre el contenido de los primeros esquemas expuestos en 1857 (Carta a Lasalle del 22 de febrero de 1857) y el Plan de El Capital de 1866 (Carta a Kugelman del 13 de octubre de 1866). La diferencia central del enfoque de Marx no reside en los temas que son objeto de su consideración, sino en la mayor o menor presencia de su perspectiva crítica. De ahí surge, por consiguiente, la oposición entre quienes privilegian la exposición de Marx que remite al análisis organizado y coherente de las categorías propias de la Economía Política, y quienes ponen su acento en el carácter crítico de su obra y principalmente en la expresión de la necesidad de subvertir las formas sociales de la dominación capitalista. En otras palabras, la distinción entre una objetivización de la teoría marxista, que hace de ella una nueva economía política, y una afirmación de la crítica de toda economía y especialmente de las categorías que representan su objeto.

LA TEORIA DEL VALOR-TRABAJO. TEORIA DE LA EXPLOTACION

Esa diferencia de perspectiva puede apreciarse principalmente en lo que, sin lugar a dudas, constituye el tema central de los análisis marxistas: la teoría del valor.

La versión economicista, que es la generalizada y habitualmente admitida por todos los marxismos, aunque con densas y agudas discusiones sobre su alcance, y autorizada en buena parte por una lectura no trascendente de *El Capital* y en especial del Capítulo Primero del Libro Primero, hace de Marx un continuador y un enriquecedor de la teoría del valor de los clásicos, hace de él el punto culminante de ella. En efecto, se consideran los desarrollos marxistas como cualquier exposición de un representante de la ciencia económica y se destaca como lo esencial su distinción entre valor de uso y el valor de cambio, la caracterización de este último como una relación típicamente cuantitativa (proporción bajo la cual valores de uso de distinta especie se intercambian unos respecto de otros); la necesidad para esta relación de remitir todas las mercancías al trabajo humano como sustancia; la medida de la cantidad de trabajo por la duración del tiempo; la exigencia de tener en cuenta no el trabajo humano efectivamente gastado sino el trabajo igual e indistinto de la sociedad entera o sea el trabajo socialmente necesario.

Pero, se olvida, deliberadamente o no, que esas precisiones conceptuales efectivamente hechas por Marx no son el todo de su teoría, ni mucho menos lo principal. Hasta allí no hay nada distinto de una presentación, evidentemente más completa que la de los clásicos, de la teoría del valor-trabajo como sustrato o referente del valor de cambio. Hasta allí bien podría repetirse que Marx es el mejor de los economistas clásicos.

Lo que Marx ha efectuado es una explicación aún más depurada de una categoría básica de la economía política, que traduce conceptualmente una forma social de la relación capitalista. Obsérvese, por ejemplo, cómo para Marx el valor de cambio no es algo intrínseco, inmanente a la mercancía, lo cual inclusive sería —dice él— una contradicción in adjecto, sino algo arbitrario y relativo; cómo ese valor se produce gracias a la abstracción del valor de uso de las mercancías en todos y cada uno de los actos de intercambio, hasta el punto que el valor de cambio se caracteriza por ser esa abstracción; cómo la reducción de todas las mercancías al trabajo humano sólo surge una vez desaparecido (por abstracción) el valor de uso; cómo “el secreto de la expresión del valor, la igualdad y la equivalencia de todos los trabajos, porque y en tanto son trabajo humano, sólo puede descifrarse cuando la idea de la igualdad humana ya ha adquirido la tenacidad de un prejuicio popular” (*El Capital*, Libro 1o. Sección 1a.).

Marx reconoce, por lo tanto, una de las abstracciones reales constitutivas de la relación capitalista de dominación en la categoría valor de cambio, construida por la economía política sobre la base de la teoría del valor-trabajo. Esto no significa que Marx acepte que las mercancías se intercambian por ser depositarias del trabajo, como referente común de ellas, sino todo lo contrario: que la realidad social del intercambio hace que las mercancías se reputen equivalentes con relación a un arbitrario que es el trabajo socialmente necesario. Para Marx el valor-trabajo no es una realidad anterior al intercambio, no crea la igualdad, sino que se aplica *post-festum*. El valor antes del intercambio "no tiene contenido conceptual propio, ni sustancia lógica definible" (Sohn Rethel); es el intercambio el que permite introducir el valor-trabajo como referente. Así lo indica Marx de manera tajante en este texto:

"Por tanto, los hombres no relacionan entre sí los productos de su trabajo como valores porque estos objetos les parezcan envolturas simplemente materiales de un trabajo humano igual. Es al revés. Al equiparar unos con otros en el cambio, como valores, sus diversos productos, lo que hacen es equiparar entre sí sus diversos trabajos, como modalidades de trabajo humano. No lo saben pero lo hacen. Por tanto, el valor no lleva inscrito en la frente lo que es. Lejos de ello, convierte a todos los productos del trabajo en jeroglíficos sociales. Luego, vienen los hombres y se esfuerzan por descifrar el sentido de esos jeroglíficos, por descubrir el secreto de su propio producto social, pues es evidente que el concebir los objetos útiles como valores es obra social suya, ni más ni menos que el lenguaje" (El Capital, Libro 1o. Sección 1a.).

Al develar el intercambio mercantil y su corolario referente, la teoría del valor-trabajo, Marx identifica una forma social constitutiva de la relación de dominación y, de paso, pone en evidencia su perspectiva crítica, de enfrentamiento al Capital. Su labor no concluye en un perfeccionamiento de la explicación conceptual del valor-trabajo, sino que se extiende a la teoría de la explotación: reconocido el valor de cambio como forma social de la dominación capitalista, la teoría del valor-trabajo que es su consecuencia necesaria, es también un elemento constitutivo de esa misma dominación. El fin histórico de ésta está, por consiguiente, íntimamente unido a la destrucción de esas abstracciones (valor de cambio y valor-trabajo) que la Economía Política ha conceptualizado y de esta manera contribuido a reproducir. La teoría del valor-

trabajo presentada como co-partícipe de la explotación capitalista no sólo muestra la realidad del antagonismo fundamental, sino que interrumpe, en el reino propio de los discursos científicos, el fetiche del valor de cambio.

LOS GRUNDRISSE, ESLABON PERDIDO DE LA SUBJETIVIDAD REVOLUCIONARIA

Sin embargo, no es en *El Capital* donde pueden hallarse los mejores desarrollos expresivos de la subjetividad revolucionaria de Marx frente a las formas sociales de la dominación capitalista y, particularmente, frente a aquellas reivindicadas por la Economía Política como su objeto. Por el contrario, como ha tratado de mostrarlo Negri, la circunstancia de ser *El Capital* la única obra realmente acabada de Marx, ha conducido a una sobrevaloración de ella, que ha limitado y transformado su eficacia y ha bloqueado la aparición de la tendencia subversiva del discurso marxista, para dar lugar a una objetivización de sus categorías. Es preciso, por lo tanto, reducir *El Capital* a sus justas proporciones en cuanto constituye una parte, no necesariamente la más importante, de toda la temática marxista.

Se vuelve imperativo acudir, entonces, a ese texto acertadamente calificado por su forma como "un hueso duro de roer" (Roldosky) y que muchos quieren esconder como obra de marcada influencia hegeliana con no pocos restos de humanismo feuerbachiano (Althusser), conocido como los Grundrisse, expresión utilizada por Marx en Carta a Engels del 18 de diciembre de 1857. Es a lo largo de ese texto donde puede revelarse algo que va más allá de las categorías de la economía política como expresión de las formas sociales de la dominación y discernir tras ellas el momento central del antagonismo entre el obrero colectivo y el capital colectivo, bajo la forma última de la crisis.

En primerísimo lugar, el Marx de los Grundrisse lleva la teoría del valor (valor de cambio, valor-trabajo) al punto final de la plusvalía, es decir de la explotación capitalista, dentro de un objetivo directamente revolucionario. La totalidad del proceso capitalista y, por consiguiente, todas las vicisitudes de la existencia histórica del régimen del valor de cambio, aparecen no como simples contingencias objetivas del Capital, sino como expresiones del antagonismo fundamental. Las categorías dejan de pertenecer a ese reino inmóvil en el cual las sitúa la Economía

Política, para ligarse estrechamente al antagonismo, hasta tal punto que puede decirse que sin éste aquellas no existen.

La teoría del valor cesa de aparecer como una adquisición científica que domina y controla toda la obra de Marx, para dar paso a la teoría de la explotación, de la cual el valor-trabajo es un componente constitutivo. La obra de Marx deja de presentarse en forma cerrada y concentrada, como una simple tarea reflexiva sobre las categorías de la Economía Política, para abrirse al campo de la necesidad del enfrentamiento a las formas del Capital. No se trata de una alternativa teórica a las conceptualizaciones de la Economía Política, que las supere, las depure y las perfeccione, sino de apreciar las formas de la dominación capitalista, sus presentaciones históricas y, en particular, sus traducciones teóricas, en función del movimiento contra el Capital. Las formas y sus modalidades no son resultado del pensamiento, sino manifestaciones concretas de la lucha de clases, aunque la ciencia se esfuerce por tratarlas como realidades puramente conceptuales. Se interrumpe así, a partir de este entendimiento, la reducción de la crítica marxista a simple teoría económica y se sustituye el tranquilo discurrir objetivo de las categorías del Capital, por la presencia impetuosa de la subjetividad revolucionaria de la clase obrera.

LA ABSTRACCION REAL DEL DINERO

A diferencia del orden de exposición de El Capital, donde se avanza primero la teoría del valor-trabajo y sólo después aparece su carácter de forma social en la mercancía fetiche, en los Grundrisse la explicación es inversa. En efecto, Marx toma como pretexto el libro publicado por Alfred Darimon, discípulo de Proudhon (La reforma de los bancos-1856), para mostrar de manera directa e inmediata la forma social dinero y plantear después el valor. Quiere de esta manera mostrar que no se trata sólo de enfrentar una teoría, una conceptualización (la teoría del valor), sino una abstracción real, dentro de la cual necesariamente estamos sumergidos: la abstracción del dinero. Antes que cualquier teoría, el dinero me muestra en acción el valor, pues el dinero no es otra cosa que el mundo del intercambio organizado para la explotación. De manera inmediata el dinero aparece como la forma del valor y como tal es directamente la explotación, sin tener que recurrir a las mediaciones de la mercancía y de sus dos caras: valor de uso y valor de cambio. El

dinero, además, no me aísla del conjunto social del capital, como sí ocurre con la mercancía que me hace pensar en la realidad individual del producto, sino que me conecta plenamente dentro de la totalidad de las relaciones sociales, sin las cuales es inexplicable el fenómeno monetario.

La forma monetaria recubre con su manto de equivalencia la explotación y en ese sentido impone reglas de igualdad a las relaciones sociales desiguales. Es ese carácter el que permite comprender que ninguna reforma operada a nivel del sistema monetario, de la circulación, puede cambiar las relaciones de explotación, sino por el contrario contribuir a su mayor y mejor vigencia. Es la realidad del antagonismo a nivel de las relaciones de dominación, la que hace desquiciar la forma monetaria de la equivalencia, conduciéndola a la crisis. En ese sentido ésta siempre es una crisis de las relaciones sociales y no de la forma monetaria misma. El dinero y sus múltiples variaciones históricas es forma de la explotación en cuanto recubre el antagonismo, lo controla, lo domina. Y es en ese campo donde se desnuda el carácter de clase del reformismo, como respuesta a la oposición obrera al capital:

“El reformismo del ‘verdadero socialismo’ en el momento mismo en que quiere perfeccionar —más allá de los avatares y las secuencias de la crisis— el mecanismo de la circulación y de la equivalencia, suprime los reflejos concretos que la oposición de los contenidos da a la forma que los recubre. El Capital busca ese desarrollo del reformismo que le ofrece salidas para afrontar la crítica proveniente del lado obrero, el capital se reestructura a sí mismo con relación a la necesidad que tiene de desplazar más allá las fronteras de la contradicción que la forma de la circulación construye debido al antagonismo de la relación fundamental de producción”.

“Desmitificar ‘el verdadero socialismo’ significa, entonces, mostrar la confluencia del reformismo y del interés del capital en el desarrollo. Esto significa insistir sobre el carácter central de la forma en la función de la explotación. Es conducir el análisis hasta el punto en el cual la revolución aparece como liberación del contenido de la explotación, en la medida en que es liberación plena de la forma de la circulación del valor, en pocas palabras del valor que no es otra cosa sino la forma de cálculo de la explotación. Pero esto no basta. Cuando forma y contenido del valor están de tal manera ligados en la explotación, cuando

toda re-forma es una profundización del contenido de la explotación, el antagonismo alcanza un estadio en el cual cobija a la totalidad: no hay revolución sin destrucción de la sociedad burguesa y del trabajo asalariado, en cuanto son producción de valor y de dinero entendidos como instrumentos de la circulación y de la dominación. Todo progreso en la socialización de la forma de la circulación acentúa la explotación y es, entonces, este mismo ligamen, su mismo desarrollo, los que deben ser destruidos y con ellos todas las formas ideológicas e institucionales que los representan y les dan su dinamismo, y mucho más si son socialistas" (Negri, Marx au dela de Marx, pp. 59-60).

En efecto, Marx ataca en su propio corazón al reformismo, al preguntarse: "¿Es posible cambiar las relaciones de producción y de distribución mediante la transformación del instrumento y de la organización de la circulación?", y responde, refiriéndose a los cambios que pueden operarse en cuanto a las modalidades monetarias o salariales: "mientras siga siendo forma dinero y en la medida en que el dinero continúe siendo una relación esencial de la producción, ninguna de esas modalidades puede abolir las contradicciones inherentes a la relación monetaria misma: sólo puede reproducirlas bajo una u otra forma. Ninguna de las formas del trabajo asalariado, aunque una determinada forma pueda solucionar los inconvenientes de otra, puede eliminar los males del trabajo asalariado". (Grundrisse T. I. pp 55-56).

El ataque directo e inmediato a la forma dinero se convierte así en una oposición política y no simplemente teórica. El objeto de la crítica no es ya una conceptualización de la economía, como lo es la teoría del valor, sino la abstracción real del dinero, que es ni más ni menos que la forma social del valor; la moneda como forma general que asume la organización capitalista de la relación social, de los intercambios que cotidianamente se repiten y renuevan. De esta manera, de otra parte, es posible dejar de considerar a Marx como un economista clásico más, pues ya no es un depurador de la teoría del valor. Esta deja de ser objeto de un discurso autónomo, para presentarse bajo su forma exclusiva y necesaria del dinero, como condición insoslayable de la explotación. El referente del valor-trabajo, inclusive corregido con la salvedad de que se trata del trabajo socialmente necesario, tiene que pasar obligatoriamente por las reglas de equivalencia impuestas por el dinero y es así como ese referente queda develado como forma de la dominación, como requisito del poder de una clase sobre otra. El valor-trabajo que-

da reducido a las reglas del dinero, pues el trabajo socialmente necesario no puede medirse de manera distinta a la impuesta por el sistema monetario. El valor es el dinero.

El valor-trabajo ya no puede ser la sustancia sólida, definida, cuantificable, sino simplemente un horizonte de referencia, sometido siempre a la permanente oscilación y precariedad del sistema monetario, que en últimas es el que define los términos de la equivalencia, según los vaivenes del antagonismo social.

LA OPOSICION TRABAJO ASALARIADO—CAPITAL

Pero, podemos ir aún más allá y reencontrar el Marx cuya preocupación central es destacar la oposición fundamental entre la clase capitalista y la clase trabajadora, la forma específica de funcionamiento de la explotación, la dinámica de la lucha de clases.

En medio del mundo equivalente del intercambio, presidido por el dinero, hay un proceso de valorización, de generación de valor, que asume también características cuantitativas. Una vez más, no es la teoría del valor-trabajo la que permite explicar la valorización, pues el trabajo no tiene por sí solo la virtud de multiplicar el capital, sino que para que ello ocurra debe haber sido sometido históricamente a las condiciones del intercambio, debe haber sido medido socialmente por el dinero. La necesidad de ese intercambio para que haya valorización del capital, no significa otra cosa que la exigencia social del antagonismo entre el trabajo y capital, pues uno y otro deben presentarse en el mercado como sujetos distintos, independientes, autónomos. Es en ese sentido que Marx plantea, en el denominado Capítulo inédito, que “la compra-venta de la capacidad de trabajo es un proceso separado e independiente del proceso inmediato de producción”, pero que, sin embargo, constituye “el fundamento absoluto del proceso capitalista de producción” y agrega: “El trabajo asalariado es pues para la producción capitalista una forma socialmente necesaria del trabajo, así como el capital, el valor elevado a una potencia, es una forma social necesaria para la formación del capital y se mantiene como premisa necesaria y permanente de la producción capitalista”. En esa transacción vive permanentemente la oposición: el trabajo es el valor de uso del obrero que se ofrece al capital, que no puede existir fuera del obrero mismo, pero que el capital reduce a valor de cambio.

Ese trabajo convertido en trabajo asalariado, se ha vuelto como todas las mercancías un valor de cambio, pero a diferencia de las demás no es trabajo objetivado sino por objetivar, es trabajo subjetivo. Esa subjetividad corresponde, de otra parte, no al trabajo individual o particular, sino al trabajo en general, pues poco importa el uso, la destinación específica del trabajo. Estamos frente a la potencialidad generadora de riqueza del trabajo en general. La mecanización del valor de uso obrero exige una medida, que no es otra que el trabajo necesario para su reproducción, para la satisfacción de sus necesidades, dentro de ciertos límites cuantitativos y cualitativos fijados por el propio capital. Es esta la esfera en la cual el obrero se afirma como tal y se distingue del capital, se opone a él, obra como no-capital, como no-trabajo para el capital (las expresiones son de Negri). Del otro lado, el capital también se afirma y se distingue del obrero reduciéndolo a valor de cambio.

Es en ese preciso momento cuando aparece, plenamente delineado, el antagonismo central de la relación de producción capitalista, del proceso de valorización: de un lado, la subjetividad obrera que tiende a expandir la esfera del trabajo necesario, y de otro, el capital que busca reducirla al valor de cambio más estrecho que históricamente sea posible. En esta relación de explotación, de plusvalía, no hay lugar para la teoría del valor-trabajo, pues éste por sí solo no valoriza al capital: es preciso que esté sometido, dominado, explotado, reducido al valor de cambio, al régimen salarial. La dominación ha convertido el valor de uso del trabajo en valor de uso para el capital y ha reducido el trabajo necesario a los términos del salario, expresión monetaria del valor de cambio. Sin este proceso de dominación, de sometimiento, la cuantificación es imposible. En otras palabras, no es la cuantificación del trabajo necesario y de la plusvalía, lo que explica la relación de explotación, sino todo lo contrario: es la relación de explotación la que permite la cuantificación. La dominación como tal no es cuantificable.

Cuando ese proceso de valorización se considera a nivel del capital como un todo, compuesto de capitales múltiples, la explotación bajo la forma de plusvalía se generaliza y adquiere la forma de ganancia. El proceso total de reproducción hace aparecer la valorización como un proceso que se deriva del mismo capital y no de la explotación del trabajo vivo, pues el mayor valor se compara con el total del capital, dejando de lado la distinción entre trabajo necesario y sobretrabajo. Es

de esa manera como el antagonismo inicial entre trabajo necesario y plusvalía, se amplía y profundiza, pues el trabajo necesario se ve enfrentado a todo el trabajo muerto u objetivado. El capital se reconoce y reitera como sujeto de una manera más completa, pero se activa también una mayor afirmación de la clase obrera como tal. Esa relación del trabajo necesario con el capital total tiene un límite infranqueable que es el carácter históricamente rígido del llamado capital variable, que provoca la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

Por esta razón esta ley tendencial no es un simple fenómeno técnico-económico, sino el resultado de la afirmación de un nivel determinado de satisfacción de necesidades, es decir de la oposición obrera al capital dentro de los límites, tanto temporales como biológicos, de la jornada necesaria, que el capital no puede eliminar sin suprimir la fuente del valor.

EL ANTAGONISMO CAPITAL—TRABAJO; DINAMICA DEL CAPITAL Y POTENCIALIDAD DE AUTONOMIA PROLETARIA

Pero lo más significativo es que todo el desarrollo capitalista se explica exclusivamente por la dinámica de la oposición de clase. La historia de la subsunción formal a la real, de la plusvalía absoluta a la relativa, no es la historia del capital, sino del enfrentamiento capital-trabajo. Son las modificaciones impuestas por la lucha al valor del trabajo necesario, las que han provocado y provocan una reestructuración de las categorías de la acumulación y de la reproducción capitalistas.

En efecto, es la propia relación capitalista la que contradictoriamente explica la posibilidad de una independencia proletaria en el seno de ella y la que determina, igualmente, sus incesantes cambios y reestructuraciones. Marx distingue en los Grundrisse lo que él denomina la grande y la pequeña circulación; la primera equivalente al proceso de producción y valorización capitalista, y la segunda correspondiente a la esfera en la cual se reproduce el valor del trabajo necesario. "La circulación de aquella parte del capital transformada en salario acompaña al proceso de producción y aparece a sus lados como una relación de fuerza económica: las dos son simultáneas y se entremezclan" (Grundrisse T. II, p. 190). Pero es allí, en esa pequeña circulación donde sur-

ge la alternativa de autonomía del sujeto proletario, pues en el momento del consumo reproductivo, el obrero reconvierte las mercancías en valores de uso, elimina su carácter de valor de cambio y, de esta manera, realiza una actividad antagónica a la valorización capitalista: la autovalorización obrera, fundamento de posibilidad "de una fuerza opuesta apoyada sobre la dinámica de clase. Una dinámica de poder. De poder, por cuanto el valor de uso para el proletariado es reivindicación y práctica inmediata de poder: rigidez, irreversibilidad, pretensión, voluntad subversiva de insurrección" (Negri, p. 200). En esa actividad de autovalorización, la forma dinero, esencial para la valorización capitalista, como se ha expuesto, deja de serlo y se subordina plenamente al mundo de la satisfacción de necesidades del obrero. En el proceso de consumo reproductivo, el dinero no se valoriza, se interrumpe el ciclo de creación de valor, de plusvalía.

Es esa autovalorización obrera la que provoca la vicisitudes y crisis de la relación capitalista y determina sus permanentes reestructuraciones. Es ella la que está en la base de los problemas que contemporáneamente enfrenta el sistema capitalista y que alcanzó a intuir el propio Marx en el capítulo "Sobre las máquinas" de los Grundrisse, calificado por Negri como "el más alto ejemplo del uso de la dialéctica antagonista y constitutiva que pueda encontrarse, obviamente en los Grundrisse, y quizás en toda la obra de Marx". Destaquemos sus aspectos esenciales.

Marx recuerda como, en una primera fase, el cambio introducido por el proceso de valorización capitalista es sólo de carácter formal, por cuanto el proceso de trabajo se toma pura y simplemente como se encuentra, sin producirse ninguna modificación radical o sustancial de su estructura técnica, aunque el proceso laboral se encuentra ya subordinado al capital, pues el trabajador directo ha perdido las condiciones objetivas (medios de producción) y subjetivas (medios de subsistencia) que se le enfrentan monopolizadas por el adquirente de su capacidad de trabajo. De los tres elementos o factores esenciales del proceso de trabajo (objeto de trabajo, medios y trabajo vivo), los dos primeros son valores constantes y el tercero crea nuevo valor.

Pero, una vez que se pasa al estadio de la subsunción real, los factores sufren cambios sustanciales en su forma para adecuarse de mejor manera a las necesidades de la valorización, es decir de la explotación

capitalista. En primer lugar, el medio de trabajo o de producción deja de ser el instrumento que transmite la actividad del trabajador al objeto, para convertirse en la máquina o mejor en el sistema automático de máquinas, como fuerza motriz que se pone ella misma en movimiento y relega al trabajo vivo al simple papel de vigilante de la acción transmitida por la máquina a la materia del trabajo. Ya no cuenta el arte y la habilidad del trabajador que animaba la herramienta, pues en lo sucesivo la virtuosa es la máquina, que obra como si estuviera dotada de "alma" y requiere consumir materias instrumentales para funcionar, así como el obrero necesita de consumos alimentarios.

Se produce una transformación radical: el trabajo deja de constituir la unidad dominante en el seno del proceso laboral, para ceder ese lugar al trabajo objetivado, que ya no está constituido por simples productos que sirven de instrumentos de trabajo, sino que es la fuerza productiva misma. "El conjunto del proceso de producción no está ya subordinado a la habilidad del obrero, sino que se ha convertido en una aplicación tecnológica de la ciencia" (Grundrisse T. II. p. 214). Como consecuencia de esa transformación, el trabajo inmediato y su cantidad cesan de ser el principio determinante de la producción, viéndose reducido cuantitativamente a proporciones ínfimas y cualitativamente a un papel subalterno con respecto a la actividad científica general, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales y a la productividad general que se deriva de la organización social del conjunto de la producción.

Debido a ello, la subsunción por parte del proceso de valorización no solamente es real con respecto al proceso de trabajo, sino que ya se refiere al conjunto de la sociedad. Las máquinas, la automatización, la ciencia y la técnica han potenciado la subjetividad del capital. Pero, obviamente, en ese nuevo estadio el antagonismo no desaparece, sino que adquiere otras características y sobre todo abre nuevas posibilidades a la autovalorización proletaria. En efecto, la creación de riqueza depende menos del tiempo de trabajo y de su cantidad y cada vez más del nivel alcanzado por la ciencia y la tecnología aplicadas a la producción, que han convertido el trabajo en actividades de simple vigilancia o regulación del proceso de producción. El trabajo en su forma inmediata deja de ser la fuente principal de la riqueza y el tiempo de trabajo su medida; el valor de cambio no puede ya funcionar como medida del valor de uso. La transformación producida, que es una respuesta reor-

gánica del capital, ha desquiciado el valor de cambio y provocado una nueva contradicción: el capital ha promovido e impulsado la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo, pero simultáneamente sigue planteando el trabajo como la única fuente y la única medida de la riqueza. La reducción al mínimo del trabajo necesario, amplía el tiempo de no-trabajo y abre la posibilidad de una subjetividad distinta que no produzca solo riquezas, valores de cambio, sino que pueda producir valores de uso y disfrutar de ellos.

Lo que ocurre en los desarrollos del proceso de valorización, intuitivos por Marx y que corresponden en términos generales a los procesos de reorganización del trabajo productivo en los tiempos que corren, es sencillamente una nueva forma de explotación, de plusvalía, pues la teoría del valor-trabajo está en imposibilidad de medirla, dado que el trabajo inmediato y el tiempo de trabajo han dejado de ser un factor dominante. El valor-trabajo como referencia de medida tiene que acudir al concepto genérico de laboriosidad o productividad social, colectiva, poniéndose más al desnudo su carácter de forma social de la explotación, de la dominación. El valor es una abstracción constitutiva de la relación de dominación, que funciona objetivamente como una regla de medición cuyo referente es el trabajo, aunque ya no pueda ser el trabajo inmediato, el tiempo de trabajo, sino el llamado trabajo social, colectivo, cuya cuantificación es obra del dinero y no de hábiles y sofisticadas operaciones algebraicas.

MARX MAS ALLA DE TODA CIENCIA Y DE TODA EPISTEMOLOGIA

Esta incursión en el mundo de la crítica de la economía política, nos ha conducido a un Marx que enfrenta y devela las formas sociales de la dominación y señala el camino del antagonismo como el único virtualmente capaz de destruir la relación de dominación. Estamos lejos del marxismo como una perspectiva cientista en el campo de la economía política, o de otras expresiones del saber o pensar burgués. Marx se coloca frente a los conceptos de la economía política, así como hoy podemos situarnos respecto de otras conceptualizaciones, para mostrar en ellos las abstracciones reales que han traducido e indicar la remisión de todas ellas al antagonismo central entre trabajo y capital.

En ese sentido, Marx no ha inaugurado una nueva economía política, ni ha abierto el camino para nuevas ciencias de las formas sociales de la dominación, como lo pretenden quienes insisten en imposibles teorías marxistas del Estado, del Derecho, de la religión, de las regiones superestructurales o en general de la sociedad o de la historia, ni muchísimo menos su posición de clase es trasladable a las ciencias exactas o naturales para otorgarles una significación distinta. Todas las ciencias son propias del saber burgués y son parte de las condiciones sociales y técnicas de la dominación capitalista; son la traducción discursiva de las abstracciones o formas sociales de la dominación; son ellas mismas parte de la abstracción que erige como realidad la separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Si de Marx y su obra quisiese predicarse el carácter científico, lo único que podría realmente admitirse es que es un artifice más de la ciencia de la subversión, de la necesidad de desencadenar, a partir del antagonismo, la destrucción de la relación que lo sustenta y lo reproduce; no un científico social, como muchos quieren denominarlo para tener un par de alta alcurnia, sino un científico antisocial, en cuanto es esencial y radicalmente anticapitalista, busca y pretende afanosamente la destrucción de esa sociedad basada sobre la explotación salarial.

Por idénticas razones tenemos que poner fin a las orientaciones que quieren hallar en Marx un método, una nueva epistemología, esta sí salvadora en la ruta tortuosa del conocimiento. Hay que enfrentar, por consiguiente, las posiciones que, ante la denominada Introducción de 1857, quieren hallar en ella la clave de la metodología marxista, y en lugar de ello, rescatar también en ese texto el valor de una posición de clase frente a la producción material regida por el sistema capitalista, rescatar la insistencia en la realidad del antagonismo e insistir en la necesidad de interrumpir y destruir el reino de las formas sociales de la dominación.

No podemos sucumbir ante la apariencia y erigir como método marxista lo que es un análisis del método propio de la economía política, decantado como proceso de aprehensión y reiteración conceptual de las abstracciones reales de la sociedad burguesa. "Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se concentra en sí mismo, profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento la única manera de apro-

piarse lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual. Por esto no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo. Por ejemplo, la categoría económica más simple, como el valor de cambio, supone la población, una población que produce en determinadas condiciones y también cierto tipo de sistema familiar o comunitario, o político, etc. Dicho valor no puede existir jamás de otro modo que bajo la forma de relación unilateral y abstracta de un todo concreto y viviente ya dado" (Introducción de 1857). Se trata del "método científico correcto", pero al fin y al cabo el método de la economía política, no la metodología, la nueva epistemología que Marx estaría inaugurando. Allí se describe cómo los objetos de la economía política no son el resultado del pensamiento, ni tampoco igual a lo concreto mismo, sino abstracciones conceptuales que tienen como referente abstracciones reales, cuya existencia es parte misma de unas relaciones sociales ya dadas.

Lo que es importante en la Introducción no es el supuesto método marxista, sino su análisis de la producción material en términos de antagonismo. En un primer momento, al plantear que no hay producción en general, sino que cuando de ella se habla se está siempre frente a "una producción de individuos que viven en sociedad", por cuanto "la producción no es solamente una rama particular", sino que "constituye siempre un cuerpo social determinado, un sujeto social que actúa en un conjunto más o menos vasto, más o menos rico, de ramas productivas", Marx está insistiendo en el concepto de totalidad orgánica, que rechaza la vieja figura tópica de base y superestructura. Pero, Marx no se limita a presentar la realidad social como el conjunto inseparable de formas sociales que acompañan el proceso de apropiación de la naturaleza, sino que la entiende como una totalidad de procesos reales atravesados todos por el antagonismo, la escisión, el enfrentamiento, que es el real fundamento de su existencia.

Marx no quiere ser un economista más, o un cientista social, sino ante todo expresar una posición contra el sistema de explotación capitalista. Es por ello que se detiene a apreciar en cada categoría analizada la presencia de la lucha de clases. A propósito, por ejemplo, de la producción y el consumo, lo central es destacar "la relación contingente que vincula el productor al producto... y cómo el regreso (del producto) al sujeto dependerá de sus relaciones con otros individuos", por cuanto "las relaciones y modos de distribución son simplemente lo inverso de los agentes de la producción". Y la misma insistencia en el antago-

nismo entre sujetos se observa al tratar la producción y la distribución cuando expresa: "antes que ser distribución de productos, la distribución es: en primer lugar, distribución de instrumentos de producción y en segundo término, lo cual es una prolongación de la relación precedente, distribución de miembros de la sociedad entre las diversas ramas de producción, o dicho de otra manera, sumisión de los individuos a relaciones de producción determinadas" (Grundrisse T I p. 25).

Idéntico comportamiento o posición asume Marx con respecto a las demás categorías económicas, interrumpiendo así la fetichización que ellas hacen de las formas sociales correspondientes. El valor de cambio no es un producto del pensamiento, sino una categoría de la sociedad burguesa, que aparece en el estadio más desarrollado de la sociedad; el trabajo, el trabajo en general, punto de partida de la economía, es también, antes que una categoría conceptual, una abstracción que se focaliza en un momento específico de la realidad histórica. No es un nuevo método de conocimiento de las formas sociales de la dominación capitalista, sino una nítida posición de rechazo de éstas, evidenciando su funcionamiento. Si alguna metodología existiese en Marx, sería sólo la del rechazo, la de la ruptura con todo lo que esté unido a la relación de explotación, la de dejar de cohabitar con ella reproduciéndola.

LA CRISIS DEL MARXISMO: UNA CELADA CONTRA MARX

Pero, la realidad parece habernos obligado a olvidarnos de ese Marx que hemos tratado de recuperar y quiere forzarnos a discutir hoy no sobre él sino sobre los marxismos; esa realidad se complace en repetir la sentencia "Marx ha muerto", pues sepultándolo se entierra también la dura y corrosiva crítica del modo de producción capitalista que su obra representa y se empuja al proletariado a caer en los brazos del reformismo y de la social-democracia. Y nada mejor para ese propósito que sustituir a Marx por los marxismos y plantear la crisis de éstos como demostración de la sinrazón de toda posición revolucionaria.

La cuestión se plantea dentro de una simplicidad cautivante, que impide ver y comprender sus verdaderos alcances. En efecto, se nos formula la pregunta de si el marxismo o los marxismos están en crisis, sin aludir siquiera a la significación que de ellos se tiene, sino atribuyéndoles la responsabilidad de toda una serie de situaciones, que por

ser efectivamente reales no pueden desconocerse ni discutirse. El interrogante es una clásica celada, pues necesariamente la respuesta tiene que ser positiva.

Se comienza diciendo que una de las razones de la crisis es la realidad del socialismo actualmente existente. Habiendo transcurrido más de 50 años de la revolución soviética y más de 30 de la revolución China, su situación parece no corresponder con la que preconizaría el marxismo: la eliminación de la propiedad de los medios de producción no ha terminado con las relaciones de producción; la producción estatal no ha transformado sustancialmente el régimen social de producción; la nacionalización no ha sido suficiente para alcanzar la socialización real; los productos continúan siendo mercancías y la fuerza de trabajo sigue siendo vendida a cambio de un salario; el régimen de planificación centralizada dista mucho de la eliminación de la economía de mercado; los socialismos son el Gulag de la opresión policiva, la ausencia de libertades esenciales, la negación de los derechos humanos, la dictadura de grupos o élites burocráticas...

Se le imputa también al marxismo la ausencia de revolución en los países desarrollados; o se discuten como fallas o errores ciertas conceptualizaciones tales como la pauperización, la baja tendencial de la tasa de ganancia, el derrumbe capitalista, la transformación de los valores en precios de producción, la teoría de la renta, etc.; o se le acusa de no ofrecer soluciones o de carecer de explicaciones para ciertos fenómenos; o se le sindicada de ser la causa del lento discurrir del movimiento obrero o de sus derrotas...

Al hablar del marxismo y su crisis no solo se quiere rechazar la significación de la posición de Marx, sino que se quiere contribuir a la conversión, que históricamente se ha producido, de su obra en una doctrina trascendente, coherente, explicativa, completa o al menos perfectible; a su exaltación como una guía para la acción, como ideología del proletariado, como ciencia verdadera y revolucionaria, como concepción alternativa del mundo, como recetario para la acción y para la construcción de una sociedad sin clases y sin explotación, como nueva economía política que debe inclusive explicar y dar solución a los problemas críticos del capital, como posibilidad de nuevas teorías sobre las formas sociales de la dominación, como epistemología definitiva y universalmente válida.

Pero la afirmación de los marxismos y su crisis no puede comprender a Marx. Su trabajo, su obra, su acción, son manifestaciones o expresiones de la lucha de clases en el ambiente propio de la sociedad de su tiempo; significó y continúa significando una oposición de clase al capitalismo; es un enfrentamiento a las formas de la dominación y una negación de ellas, aun cuando, obviamente, no las elimine, no las destruya. Si los marxismos han estado o están en crisis, de Marx no puede predicarse que esté, haya estado o pueda estar en crisis. Su irrupción frente a las categorías de la economía política tuvo y tiene el valor de ruptura con las formas sociales económicas de la dominación, y como tal conserva y prolonga sus efectos. Su crítica está allí y puede ser recuperada y reiterada e inclusive prolongada, tanto en el mismo terreno como en otros.

No podemos aceptar imputarle a Marx, en cabeza de los marxismos, el socialismo actual. Su realidad es ciertamente responsabilidad de los marxismos o de quienes actuando en su nombre los han construido y los mantienen; como nuevas formas de existencia de la relación capitalista, que muchos quieren esconder con los eufemismos de socialismo burocratizado, deformado o pervertido, son precisamente lo opuesto de Marx. En efecto, a pesar de que en los socialismos se han producido cambios de significación en los aparatos del Estado y en los engranajes mismos del funcionamiento social, no se ha eliminado la relación salarial de explotación. La propiedad estatal de los medios de producción despoja también, quizás de una manera más abstracta y sofisticada, a los productores directos del control de ellos y de la producción en general. La fuerza de trabajo continúa siendo una mercancía, aunque su adquisición no corresponda ya a agentes particulares, sino al Estado y a sus organizaciones empresariales. Su realidad no tiene nada que ver con una simple deformación o desviación perversa del régimen, con una burocratización que enturbia y modifica la orientación de sus rectos propósitos, sino con las características del sistema de producción que continúa imperando, que sólo ha cambiado de nombre y de etiqueta y que precisamente se legitima socialmente reclamándose como lo que efectivamente no es.

Tampoco es posible abandonar a Marx, a causa de las imperfecciones teóricas que surgen en su obra cuando se le presenta como un nuevo continente científico, pues sería olvidar que esencialmente Marx es un crítico de las abstracciones conceptuales de la ciencia propia del ca-

pitalismo, en cuanto ella traduce y reproduce las formas sociales de la dominación. Y más inadmisibile aún combatir a Marx por no haber iluminado sabia y certeramente el camino de la revolución, habiendo sido él mismo quien proclamó que la transformación debía ser obra de los obreros mismos, sin ningún poder mesiánico externo, así éste se reclamara de la ciencia. Recordemos que en carta a Ruge, Marx expresó: "No somos doctrinarios que le ofrecen al mundo un nuevo principio. Aquí está la verdad. Arrodillaos. No le decimos a la gente: abandona tus falsos objetivos, nosotros te daremos la verdadera clave de la lucha".

Hay que estar en guardia contra el verdadero debate que quiere darse cuando se plantea la temática de la crisis del marxismo. Su sentido real es acallar las luchas, desviar su radicalidad, presentando a Marx como el ideólogo de las nuevas situaciones de opresión del socialismo real. No podemos aceptar los términos de esa discusión y reconocer que todo es imputable a cierto marxismo, al marxismo deformado, pues diciendo esto permanece la aspiración de encontrar la verdadera doctrina, el pensamiento iluminador, la ciencia revolucionaria y, de paso, estamos negando la necesidad de la crítica, de la cual es ejemplo la obra de Marx, que no necesitamos fetichizar, sino sencillamente repetir, corregir, prolongar y ampliar. No hay doctrina salvadora, ni mesías liberadores; la salvación está en las luchas mismas.

Marx aunque haya muerto y lo continúen sepultando diariamente todos los marxismos y sus militantes, sigue siendo la misma expresión crítica, subversiva, desestructurante, que hace más de un siglo irrumpió en Europa, y que continúan reproduciendo, profundizando y ampliando todos quienes luchan contra el capital, así no se llamen marxistas; ni reivindiquen su nombre, e inclusive lo desconozcan o lo confundan con uno de aquellos actores cómicos del cine norteamericano.

Y FINALMENTE... NEGACION DEL CAPITAL Y RECHAZO DEL TRABAJO ASALARIADO

Frente a la relación capitalista de dominación y en el interior de su lógica antagonista que dialécticamente separa y opone el trabajo al capital, pero simultáneamente los integra para estructurar permanentemente el proceso de valorización, tenemos que insistir, como lo hizo terca y obstinadamente Marx con las categorías de la economía política, en

afirmar, a partir del antagonismo, la negación del capital, que es lo que se ha denominado o calificado como el proceso de autovalorización obrera, entendida como lo opuesto y distinto de la valorización capitalista, como la fuerza capaz de sustraerse al valor de cambio.

Obviamente, ese proceso de autovalorización es combatido por el capital, desestructurando su significación de ataque y negación de la relación de explotación, mediante la reorganización de las formas sociales mismas que la constituyen y explican. En ese sentido, el capital no elimina el antagonismo, pues de él vive y se nutre, en cuanto la autovalorización derrotada es savia de la dominación. Pero de cada reestructuración capitalista emerge siempre una nueva autovalorización, una nueva negación sectaria de la totalidad del sistema capitalista que, en la medida en que promueve otras reestructuraciones, va agotando la racionalidad de la explotación y la convierte, cada vez más, en una estructura técnica represiva, simplemente envuelta en el contenido vacío pero eficaz de sus formas.

Dentro de esa perspectiva de negación y crítica de las formas sociales de la dominación, caben la acción demoleadora frente a las categorías de la economía política, profundizando, ampliando y por qué no rectificando, la obra de Marx; la desestabilización de otras formas sociales que las ciencias sociales y otros discursos han deificado como objetos de conocimiento, y las manifestaciones concretas y cotidianas, individuales y colectivas, de verdadero rechazo al capital, sin concesiones al reformismo, que es precisamente el nombre vergonzante que asume todo mecanismo de absorción e integración de la autovalorización.

Ese rechazo al capital y a las formas que constituyen y garantizan su dominación tiene un referente principal: el trabajo. No el trabajo como la necesidad del esfuerzo físico o de la actividad indispensable para la satisfacción de las necesidades, sino el trabajo como "esencia inhumana", "no libre y asocial", que se realiza para obtener un equivalente monetario, que da derecho a adquirir las mercancías indispensables para la reproducción; en pocas palabras, el trabajo asalariado. El trabajo que como abstracción solo existe en el interior de las relaciones sociales de producción capitalista, el trabajo socialmente útil para la valorización del capital.

Siendo ese trabajo el fundamento principal de la explotación capitalista, su negación no comporta una oposición parcial a la dominación, sino una confrontación de la totalidad de la sociedad burguesa. Para que ésta vea turbada toda posibilidad de reestructuración, la lucha debe tener, al menos como horizonte principal, el rechazo del trabajo; lucha que supone que el propio obrero se niegue como trabajador, se resista a que su fuerza de trabajo sea utilizada por el capital, para lo cual debe "reconocerse como potencia política y negarse como fuerza productiva" (Tronti), afirmarse como no trabajador, como no-capital. Se trata no de la conquista por los trabajadores del poder del Estado burgués, para convertirlo en el Estado proletario, sino de alcanzar el poder de no continuar siendo trabajadores y muchísimo menos bajo un Estado, cualquiera que sea su calificativo. Esa fue la perspectiva de Marx tanto en su crítica de la economía política, como en sus posiciones frente a los desarrollos del movimiento revolucionario de su época, y es la misma que está presente, aún sin llamarse o autoreconocerse como marxista, en todas las luchas cuya orientación y contenido están siempre presididas por la tendencia anticapitalista. En esa dirección se podrá finalmente, algún día, lanzar la exclamación tan acostumbrada por Marx, parafraseando a Esopo: Hic Rhodus, hic salta!